

Todos contra China

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

Ésta parece ser la consigna de Joe Biden desde su acceso a la Casa Blanca en enero. De hecho, es lo que pidió a sus aliados occidentales en cuanto se reunió con ellos en la cumbre de la OTAN del pasado mes de junio. Porque el nuevo enemigo en el tablero geoestratégico mundial es, sin duda, el gigante asiático. Lejos quedan los tiempos en que Kissinger viajó a China para abrir relaciones con Estados Unidos o el histórico encuentro entre Nixon y Mao en Pekín. En esa época, China era un país débil económica y militarmente. Sin embargo, en la lógica de la Guerra Fría, podía ser un buen aliado para Washington frente a la Unión Soviética. Ha llovido bastante desde entonces y, si nada lo impide, los indicadores apuntan a que, en unos años, será la primera potencia mundial, desbancando de este puesto a los Estados Unidos. El crecimiento que viene experimentando desde hace unas décadas ha hecho de China un competidor muy temible. Pero más miedo infunde su fortaleza militar. Los miles de millones de dólares que llevan gastados en estos años asustan tanto a sus vecinos próximos como al resto de potencias. China ha pasado de ser un país volcado sobre sí mismo a un imperio en expansión permanente en todos los ámbitos.

Realmente, la estrategia del actual inquilino de la Casa Blanca no es nueva y ya la pusieron de relieve las Administraciones anteriores. El paso decisivo lo dio Barack Obama, que interpretó a la perfección el peligro que representaba el enorme desarrollo de China. Hasta tal punto que muchas energías de su política exterior se volcaron en esa parte del mundo, restando importancia a la Rusia de Putin, a la que, injustamente, llegó a definir como una potencia regional, minusvalorando así su papel de actor mundial. Biden, vicepresidente a la sazón, aprendió bien la lección y ahora vuelve a seguir sus pasos, dirigiendo su mirada hacia el Océano Pacífico, convertido en un punto caliente desde hace tiempo. Una presencia china caracterizada por su agresividad en el Mar del sur de China y en el Índico-Pacífico ha hecho saltar las alarmas en los países de la zona. De hecho, al calor de las fuertes inversiones en armamento de Pekín, todos ellos han aumentado sus presupuestos militares en la última década. Japón, por ejemplo, durante años un gigante económico y un enano militar, está cambiando esta imagen arrastrado por el poderío chino.

Es en esta lógica de confrontación entre Washington y Pekín donde debemos situar el reciente pacto militar firmado entre Australia, Reino Unido y Estados Unidos (AUKUS), cuyo efecto inmediato es la venta de submarinos de propulsión nuclear al primero, incorporándose al selecto club de estados que poseen esta sofisticada y avanzada tecnología. La Casa Blanca ve de esta forma reforzada su posición en esta área, tratando de socavar las ansias expansionistas de China, que ya ha protestado airadamente, al denunciar que el acuerdo “socava gravemente la paz regional y la estabilidad”, al tiempo que “agrava la carrera de armas y hiere los esfuerzos internacionales por la no proliferación”. Desde luego, en gran medida, los argumentos esgrimidos por Pekín son verdad, aunque no es menos cierto que la llegada de Xi Jinping al poder ha supuesto un reforzamiento militar de China que no ha contribuido en nada a la seguridad de la zona. Si a eso le añadimos el mayor protagonismo de China en la esfera mundial tendremos los ingredientes para entender la situación actual. Junto a su diplomacia comercial e inversora (cuyo máximo exponente es la nueva ruta de la seda), episodios como el de Afganistán no deben pasar inadvertidos. China, Rusia, Pakistán e Irán son los grandes beneficiarios de la espantada de Estados Unidos.

En paralelo, la alianza AUKUS ha abierto una herida enorme con París, que ha llamado a consultas a sus embajadores en Canberra y Washington, algo inédito. El antiguo acuerdo de venta de sumergibles convencionales por parte de Francia a Australia ha saltado por los aires, perjudicando seriamente a la industria gala en un negocio multimillonario y dejando a los pies de los caballos a la diplomacia francesa. De ahí el enorme enfado del ministro de Exteriores, Jean-Yves Le Drian, quien habla ya de menosprecio hacia su país y ataca a Biden por emplear los mismos métodos que Trump. El asunto es de vital importancia porque, por un lado, abre una brecha entre aliados tradicionales y, por otro, pone de manifiesto hasta qué punto Estados Unidos es un socio fiable para la Unión Europea. No es extraño, pues, que cada vez coja más fuerza la idea de una defensa comunitaria propia, menos dependiente de la Casa Blanca. Así lo puso de manifiesto la propia Úrsula von der Leyen en el último estado de la Unión. De momento, toca digerir la afrenta hecha a uno de sus socios principales, cuando en política exterior la UE opta más por la colaboración con China que por la confrontación. Al fin y al cabo, las inversiones chinas en la UE son muy cuantiosas y necesarias. ¡Como para desdeñarlas!

19 de septiembre de 2021

Publicado en *El Diario Vasco*, 4 de octubre de 2021